

El legado de la OMM para el siglo XXI: la meteorología como modelo para la humanidad

por John W. Zillman

Cuando dejé de ser el séptimo director de la Oficina Australiana de Meteorología y el séptimo presidente de la OMM a mediados de 2003, di por hecho que ya no tendría que volver a hablar en público acerca de los triunfos y los retos de la meteorología nacional e internacional, y que podría dedicarme a reflexionar privadamente sobre los buenos y malos momentos que había vivido a lo largo de casi 50 años de relación con el tiempo y el clima.

La concesión del quincuagésimo Premio de la OMI fue toda una sorpresa, si bien una que me colmaba de tal satisfacción profesional que de haberlo recibido cuando estaba aún en activo habría parecido un ejercicio de autocomplacencia. Me di cuenta también de que el premio llevaba aparejada la obligación y la oportunidad de aprovechar esa proyección momentánea para transmitir algo de lo poco o mucho que fui capaz de aprender a lo largo de una vida profesional muy afortunada como miembro de la comunidad meteorológica internacional.

Me hizo también repasar, no por primera vez pero sí con nuevos ojos, la trayectoria profesional de los 49 profesionales que recibieron el Premio de la OMI antes que yo; personas, en muchos casos, a quienes conocí personalmente y con quienes trabajé. Con muchos de ellos he mantenido una amistad muy profunda y han sido, además, mis mentores a lo largo de mi carrera. El primero de ellos a quien

conocí, tras haber adquirido mis conocimientos en meteorología sinóptica básica gracias a su libro de texto, fue Sverre Petterssen, quien en 1965 se convirtió en el décimo ganador del Premio: a mi colega en la Oficina Bill Downey y a mí, nos dio una enorme satisfacción conocerle, a principios de la década de 1970 en la Universidad de Wisconsin, por medio de nuestro gran mentor Don Johnson. De ninguna forma exagero al decir que las clases impartidas por el gran Tor Bergeron —a quien se concedió el Premio en 1966— sobre la base científica de la predicción meteorológica, a las que asistí, fueron una gran fuente de inspiración. A lo largo de las décadas de 1960 y 1970 leí todos los textos traducidos al inglés que cayeron en mis manos sobre radiación atmosférica escritos por mi héroe científico, y más tarde gran amigo, Kirill Kondratyev, quien recibió el Premio de la OMI en 1967.

Para un joven, que había empezado siendo un hombre del tiempo en Brisbane, fue un honor increíble y una fuente de motivación hallarse, a lo largo de la década de 1970, en los foros meteorológicos internacionales codeándose laboralmente con los gigantes intelectuales de la generación de la Vigilancia Meteorológica Mundial (VMM) y del Programa de Investigación de la Atmósfera Global (GARP); gente de la talla de Bill Priestley, John Sawyer, Joe Smagorinsky, Warren Godson, George Cressman, Bob White, Bert Bolin, Tom Malone, Vern Suomi y John Houghton, por mencionar únicamente a algunos de los ganadores del Premio de la



Este artículo es una versión revisada y algo ampliada del discurso que pronunció John Zillman al recibir el quincuagésimo Premio de la OMI el 9 de mayo de 2006 en Adelaida (Australia).

OMI a lo largo de las décadas de 1960, 1970, 1980 y 1990, y a quienes deberé siempre gratitud por sus consejos profesionales y su amistad personal. Sin olvidar, naturalmente, a quien es para mí sin parangón el mejor meteorólogo que dio Australia en el siglo XX, mi predecesor en el cargo de Director de la Oficina Meteorológica de Australia y ex Primer Vicepresidente de la OMM, el Dr. Bill Gibbs. Tampoco quiero dejar de mencionar a mis grandes amigos y colegas durante mis primeros años en la OMM: Dick Hallgren, de los EEUU; Yuri Izrael, de la URSS; y Roman Kintanar, de Filipinas.

Repasar todo lo que ellos consiguieron a lo largo de su vida

profesional y los logros de otras destacadas figuras del mundo meteorológico del siglo XX a quienes no se ha concedido todavía este premio, representa una gran dosis de humildad. Me he dicho a mí mismo que si bien mi contribución científica parece pequeña comparada con la suya, puede que se me haya concedido este honor porque por lo menos fui lo bastante inteligente como para darme cuenta de lo importante que es aprender de los demás y no descartar a la ligera el conocimiento acumulado a lo largo del pasado. Y puede que también por haber sido capaz, de vez en cuando, de ver un poquito más allá de lo que habría sido posible de no haber estado aupado sobre los hombros de los gigantes.

Aunque ya no veo con tanta claridad el porvenir como creía verlo hace un cuarto de siglo, agradezco la oportunidad que se me brinda para reflexionar sobre algunos de los problemas, en mi opinión intemporales, del futuro de la meteorología como ciencia, como profesión y como un servicio a prácticamente todos los habitantes del planeta.

La meteorología. Un modelo para la humanidad

Por si no consigo dejar claro a lo largo de los puntos sobre los que me detendré a continuación cuál es la idea principal que deseo expresar, permítanme decir antes que nada que creo que la labor que la OMI y la OMM han llevado a cabo a lo largo del siglo XX en el campo de la meteorología internacional ha sido el mejor ejemplo de cooperación internacional permanente en el ámbito de la ciencia, o en cualquier otro, de la historia de la humanidad. El mundo podrá darse por satisfecho si la tradición de cooperación internacional de la OMM puede mantenerse a lo largo del siglo XXI y si el grado de confianza, apoyo mutuo y compromiso con el bien común existente en el seno de la comunidad meteorológica mundial se convierten en un modelo para lograr la cooperación internacional en otros muchos campos de los asuntos humanos.

El poder de la cooperación mundial

Resulta extraordinariamente satisfactorio que la vida de uno transcurra en un campo en el que la cooperación mundial auténtica es, a la vez, tan necesaria y tan poderosa. Un campo en el que los lazos de la amistad profesional no se detienen ante las barreras de la raza, la religión, la cultura o la condición económica o social. Nada puede mostrar tan claramente los beneficios de la cooperación internacional en el mundo como el legado que suponen las amistades internacionales que surgieron durante los primeros años de la OMM, y que reforzaron el diseño y puesta en marcha de la Vigilancia Meteorológica Mundial y el GARP en el punto más álgido de la Guerra Fría y que fueron la base de la sorprendente mejora en los sistemas de predicción y alerta meteorológica que se produjo durante las décadas de 1980 y 1990, así como de las capacidades que surgen actualmente y que permiten la predicción del clima regional y mundial. En un mundo que lucha sin descanso por el control de unos recursos limitados, es sumamente importante que seamos conscientes de la extraordinaria eficacia y de los logros de la Vigilancia Meteorológica Mundial de la OMM, programa que

recibe las aportaciones voluntarias de todos los países del mundo en la medida de sus posibilidades y que brinda a todos ellos los servicios climatológicos y meteorológicos esenciales que necesitan.

Un intercambio de información gratuito e ilimitado

Cuando empecé a formar parte de la comunidad meteorológica internacional más sustancialmente, allá por las décadas de 1960 y 1970, resultaba tan evidente que era vital —para los propósitos básicos de la OMM y para poder difundir predicciones meteorológicas y alertas en todo el mundo— que el intercambio de datos meteorológicos e información relacionada con ellos fuese gratuito e ilimitado, que apenas era necesario dedicar fondos a su justificación o a su formalización legal. A lo largo de la década de 1980 empecé a temer la capacidad que tenía el mercantilismo para extenderse por todo el globo terráqueo (aunque la subestimé) y para contagiar, incluso dentro del ámbito de la intensa colaboración meteorológica internacional, esquemas de pensamiento altamente competitivos que en pocos años llevaron el sistema de intercambio de información, sine



John Zillman sostiene el medallón que lo distingue como ganador del Premio de la OMI. A su lado están el Presidente de la OMM, Dr. Alexander Bedritsky (segundo por la izquierda), el Secretario General, Michel Jarraud (segundo por la derecha) y dos de sus antiguos compañeros en la Oficina Meteorológica de Australia, Bob Brook (izquierda) y Bill Downey (derecha).

qua non de la prestación de servicios meteorológicos, al borde de su desaparición total. Uno de los grandes éxitos de la OMM en la década de 1990 fue conseguir, finalmente, esquivar lo que amenazaba con convertirse en una guerra internacional por la información y derrotar las malintencionadas intentonas de transformar los servicios públicos básicos de información meteorológica en un negocio. Otro, aunque no total, fue conseguir restablecer la idea de que los datos meteorológicos y cualquier otra información o productos relacionados con ellos son un bien público y que el intercambio de ellos debe ser gratuito e ilimitado. Una de mis mayores decepciones en mis últimos años en la OMM fue que no nos atreviésemos a incorporar el principio del intercambio gratuito en el Convenio de la OMM cuando tuvimos la oportunidad de hacerlo. Habría sido una contribución modesta pero importante para evitar que las generaciones futuras repitan las peores estupideces que se cometieron en el pasado. Quisiera pensar que existe un sentimiento generalizado de que es necesario reforzar el Convenio antes de que llegue una nueva oleada de grandes ideas auspiciada por los grupos de expertos políticos que existen en todo el mundo.

La composición del Consejo Ejecutivo de la OMM

Me siento obligado al llegar a este punto, dado que estamos en un mundo cuya confianza en las organizaciones internacionales multilaterales es cada vez menor y que se preocupa más por las ventajas competitivas de cada nación que cuando se adoptó el Convenio, hace ya 60 años, a insistir por centésima vez en la importancia de una de las características fundamentales para su éxito que los padres fundadores tomaron de la antigua OMI para incorporarla en la estructura de la OMM. A mi juicio, no hay ningún otro factor que haya contribuido en mayor medida a garantizar la integridad, eficacia y la cohesión de la OMM como organización internacional especializada que la exigencia de que los miembros de su Consejo

Ejecutivo se elijan, en función de su capacidad para servir a los intereses de la Organización en su conjunto y no como representantes de sus gobiernos, de entre los directores de los SMHN (Servicios Meteorológicos e Hidrológicos Nacionales). Ello nos permitió poner en pie el programa de la Vigilancia Meteorológica Mundial –del que se ha beneficiado toda la comunidad mundial, sobre todo los habitantes de los países en vías de desarrollo–, nos permitió sobrevivir en paz y armonía a la Guerra Fría y nos permitió impedir la inminente guerra internacional por la información meteorológica de mediados de la década de 1990. Se trata de una característica de la OMM que, en mi opinión, no debería claudicar nunca ante los intereses políticos expansionistas o las modas en los gobiernos si de verdad se desea proteger la integridad y eficacia de la cooperación meteorológica internacional a largo plazo.

Los Servicios Meteorológicos Nacionales

Si bien, durante mucho tiempo, he sido el adalid de la idea de que la OMM, según lo expuesto en el Convenio, es un mecanismo de coordinación de los datos meteorológicos y otras actividades relacionadas con ellos entre los países y no solo entre los SMN, estoy convencido de que la contribución de los SMN de cada uno de los países y territorios Miembros de la OMM es tan importante para la empresa meteorológica internacional, que la OMM debe defender con denuedo la continuidad de la red de SMN y las relaciones de trabajo establecidas entre ellos. Aunque el papel que desempeñan los estados está cambiando a la luz de la globalización, creo que los SMN deben seguir siendo un componente esencial de las infraestructuras básicas de todos los países. Es el único mecanismo capaz de descargar a los gobiernos de la responsabilidad de realizar las tareas meteorológicas básicas a escala nacional: desde la realización de observaciones normalizadas, continuas y coordinadas y la toma de datos, hasta la difusión de

los servicios públicos esenciales que permiten salvar vidas y propiedades, y paliar los desastres naturales de origen meteorológico, hidrológico u oceanográfico.

La colaboración para la prestación de servicios

La prestación de servicios meteorológicos ha dependido desde siempre en gran medida de la colaboración, el apoyo mutuo y la cooperación voluntaria entre el sector público, el privado, el mundo académico y los medios de comunicación. Creo que en el futuro se dependerá cada vez más de que se establezcan alianzas nacionales entre el sector público y el privado. En ellas, el sector público (los SMN) financiará y operará las infraestructuras básicas y proporcionará los servicios públicos esenciales y el sector privado enriquecerá los servicios disponibles ofreciendo contenidos personalizados que mejoren la competitividad o las ganancias tanto de las empresas como de los individuos. Sin embargo, me parece completamente erróneo el modelo de prestación de servicios meteorológicos que está de moda hoy en día (al menos en algunos países) según el cual, la colaboración entre el sector público y privado consiste en que se utilizan los recursos privados para realizar funciones públicas, a la espera de que los beneficios que la empresa privada obtenga se traduzcan en un incremento del valor de los títulos en poder de sus accionistas.

Las tareas directivas en el ámbito meteorológico

Durante el tiempo en el que ocupé puestos de responsabilidad en el Servicio Meteorológico de Australia y en la OMM viví un cambio en los servicios de la administración pública. Pasamos de un mundo sencillo, gobernado por el liderazgo, la intuición a la hora de hacer la planificación, unos presupuestos basados en los ingresos y en el que se realizaban informes sucintos de las tareas completadas con éxito al mundo de la “gestión pública moderna”, con sus sofisticadas planificaciones basadas en

la productividad, los resultados, la producción, los presupuestos y una gran parafernalia burocrática que tiene como objetivo mejorar la eficacia y el rendimiento de los procesos gracias a la adopción de una serie de metodologías de gestión y sistemas de contabilidad de complejidad y grado de exigencia crecientes.

Dudo que las ventajas sean mayores que los inconvenientes. De hecho, si bien no podría creer con más firmeza en la necesidad de disponer de objetivos claros, estrategias bien articuladas y un amplio abanico de planes organizativos (de lo contrario no podría haber dirigido durante 12 años la planificación de la OMM a largo plazo), creo que la imposición irreflexiva de la última moda en cuanto a la gestión se refiere por agentes que carecen de la sensibilidad necesaria para comprender el papel que representan las instituciones que se proponen cambiar, o su historia o su cultura, ha perjudicado enormemente el trabajo que los SMN y otras organizaciones del sector público llevan a cabo, tanto en los países desarrollados como en los que no lo son. Si hay algo que he aprendido en mis años de trabajo es que introducir un cambio en un organismo público es relativamente sencillo, pero introducir una mejora es ya otro cantar. Si tuviera la oportunidad de proponer cambios para el futuro, sugeriría que prescindiésemos de la estrechez de miras imperante sólo preocupada por el corto plazo, las prisas por obtener resultados inmediatos, el dinamismo en la gestión y toda la jerga del mundo de los negocios que junto con todos los mecanismos, métricas contables y sistemas absurdos de funcionamiento, se han adueñado del sector público en todo el mundo; propondría que inaugurásemos una nueva era en la que fuesen los profesionales del sector quienes asumiesen el liderazgo y se impusiesen el sentido común, la sencillez, la confianza y la lealtad a las organizaciones.

Un consejo

Soy el primero en reconocer que durante el tiempo en el que

estuve al frente de la Oficina Meteorológica de Australia hubo carencias por lo que respecta al liderazgo, la gestión, la operación y la comunicación interna y externa de la Oficina; sé que el funcionamiento de la Oficina se resintió como consecuencia de mi incapacidad patológica para pasar por alto cualquier cosa que crea que se puede mejorar. Sin embargo, si cuando se comparó el funcionamiento de la Oficina con el de otras organizaciones hermanas ésta salió bien parada se debió, en mi opinión, en gran medida a que pusimos en práctica el mejor consejo de gestión que jamás me dieron respecto a las organizaciones públicas: "cuando vayas a formular una petición a un superior (o a tus ajetreados compañeros), piensa antes de enviarla si has planteado la sugerencia o la solicitud de manera que a la persona que la recibe le lleve el menor tiempo posible tomar una decisión al respecto; si la respuesta es 'no', repite el proceso desde el principio hasta que supere el examen". Ahora que estoy jubilado y que no tengo ninguna duda sobre la validez absoluta de dicho consejo, me doy cuenta de que su filosofía es diametralmente opuesta a la forma en la que, con el uso de los correos electrónicos e Internet, se producen las comunicaciones hoy en día: ahora se remite al destinatario de la consulta (una persona atareada) a que consulte páginas web de las que extraer la información que necesita para tomar una decisión o se bombardea a todas las personas a las que uno se le ocurre que pueden hacer algo al respecto con toneladas de información (relevante o no) con la esperanza de que una de ellas resuelva la cuestión. No creo que nadie ponga en duda que todos los que están metidos en el sistema tienen a su disposición cada vez mayor cantidad de información y que cada vez trabajan con más ahínco para hacer uso de ella, pero personalmente dudo muchísimo que eso signifique que el sistema, en su conjunto, funcione mejor. Insisto en la conveniencia de que se retome un poco el viejo espíritu con el que me dieron este consejo hace ya 30 años para aplicarlo a las técnicas de dirección y a las normas de etiqueta de las comunicaciones.



Retrato de John Zillman, Presidente de la OMM de 1995 a 2003 y ganador del quincuagésimo Premio de la OMI (Retrato de Peter Zageris)

Diferencias reconciliables

En mi opinión, uno de los grandes logros de la meteorología internacional en las últimas décadas ha sido el acercamiento casi total que se ha producido entre disciplinas que tradicionalmente se habían dado la espalda, como la oceanografía y la hidrología, y también entre los sectores gubernamentales y no gubernamentales de la meteorología. También ha mejorado enormemente la fiabilidad de las comunicaciones entre los proveedores de los servicios meteorológicos y quienes se sirven de ellos a través de los Servicios Meteorológicos para el Público y otras iniciativas pensadas para facilitar la información de los usuarios concebidas como parte del Programa de Aplicaciones de la Meteorología y el Programa Mundial sobre el Clima de la OMM. Creo que uno de los retos del futuro es reforzar estas alianzas interdisciplinarias y acometer la construcción de canales de comunicación y compromiso más recios entre las diversas comunidades de usuarios, así como con quienes en el campo del derecho, la economía y las políticas públicas disponen de conocimientos cada vez más relevantes para las cuestiones que nos interesan. Es importante que la construcción de estos puentes no debilite los puntos fuertes de nuestra disciplina o que la diversi-

ficación llegue a tal punto que no haya manera de cumplir los objetivos de los que la sociedad nos hizo depositarios a fin de mejorar nuestro campo científico y la calidad de los servicios que prestamos.

Las similitudes con la ciencia económica

A pesar de que al principio de mi carrera de meteorólogo tuve algunos destellos de inspiración, no fue hasta el final de esta cuando conseguí tener unos fundamentos básicos sobre economía y sobre las potenciales sinergias entre la meteorología y la economía de cara a resolver algunos de los problemas de alcance global de estos momentos o, incluso, de la importancia de disponer de una estructura económica pactada en términos generales para poder prestar los servicios meteorológicos. Mi fascinación con el tema ha ido en aumento al descubrir lo mucho que ambas disciplinas tienen en común y lo mucho que pueden ayudarse entre sí. Estoy seguro de que una formación económica más intensa que la que yo recibí durante mi período de estudios nos beneficiaría mucho a los meteorólogos. Cuando hace poco repasé los retos a los que se enfrenta la meteorología para ser capaz de contribuir mejor a la consecución de los Objetivos de Desarrollo del Milenio en África, vi cada vez con mayor claridad cómo podríamos proporcionar con eficiencia el inmenso potencial de datos climáticos y meteorológicos, de forma que se pudiesen utilizar eficazmente también, a fin de contribuir a simplificar los retos a los que se enfrentan la agricultura, los recursos hídricos, la energía, la alimentación, la sanidad y los mecanismos de reducción de la pobreza en los países en vías de desarrollo. Animo con entusiasmo a la OMM a que redoble sus esfuerzos para acercar posturas con la comunidad económica.

Servicios de vigilancia y predicción sin fisuras

A lo largo de las décadas de 1970 y 1980, y principios de 1990, conside-

ramos que era necesario recordarle al mundo (y a nosotros mismos) que el clima era un componente tan importante de la meteorología como el tiempo y para ello creamos el Sistema Mundial de Observación del Clima (SMOC), un "sistema de sistemas" de observación que operaba sobre la Vigilancia Meteorológica Mundial, la Vigilancia de la Atmósfera Global y algunos otros sistemas de observación terrestres, hidrológicos y oceanográficos que adolecían desde hacía mucho tiempo de descoordinación. También comenzamos a trabajar intensamente en la predictibilidad del clima, incluyendo la evaluación de los riesgos que supone la acción del hombre sobre el sistema climático mundial. Los avances que se han producido en los últimos 30 años han sido muy sobresalientes y sospecho que muy pocos de los que recibieron su primera formación como meteorólogos durante las décadas de 1950 y 1960 podrían haber entonces imaginado que las cuestiones relativas al clima tendrían la importancia que tienen hoy en día en las agendas políticas. Creo que ha llegado el momento de que abordemos los temas relacionados con el clima y el tiempo de manera más sólida, tanto en la forma en la que observamos el sistema de la Tierra como en las disposiciones institucionales y científicas que nos permiten realizar la predicción y prestar nuestros servicios.

La colaboración internacional

Durante mi época al frente de la Organización se produjeron varios intentos de transformar la OMM en una organización geofísica mundial que se ocupase de todos los aspectos relacionados con el planeta y el medio ambiente de la misma manera que la OMM y su antecesora, la OMI, se habían ocupado de la meteorología y de la prestación de servicios meteorológicos durante el siglo pasado. En cambio, yo siempre he sido partidario de que la estrategia de la OMM se basase en una red de alianzas con la UNESCO y su Comisión Oceanográfica Intergubernamental (COI), el Programa de las Naciones

Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) y las demás organizaciones subsidiarias del sistema de las NU responsables de los distintos campos de las ciencias de la Tierra a través de programas y sistemas internacionales cofinanciados, pues creo que es el mejor medio para fomentar el objetivo fundamental: la cooperación, el apoyo mutuo, la obtención de recursos adecuados y la coordinación eficaz entre los SMN y sus homólogos a escala nacional en cada país.

Hasta hace pocos años estaba convencido de que el modelo de colaboración y cofinanciación internacional funcionaba correctamente y me satisfizo comprobar los progresos evidentes de las iniciativas conjuntas, como por ejemplo el SMOC, sobre todo porque el secreto del éxito del GARP le sentaba tan bien: una financiación compartida y su participación en el sistema intergubernamental de NU, así como en la comunidad científica no gubernamental a través del Consejo Internacional para la Ciencia (CIUC). En vista del interés creciente en la ampliación del sistema SMOC, reuní el valor necesario para montar un sistema de observación terrestre integrado capaz de gestionar un conjunto mucho más completo de datos medioambientales. El éxito del modelo de la Vigilancia Meteorológica Mundial me animó también a ampliarlo y convertirlo en un sistema operativo de un extremo (obtención de datos) al otro (prestación de servicios) para todas las ciencias terrestres que los SMN de los 187 países Miembros habían puesto al servicio de la meteorología tan eficazmente a escala nacional. Al igual que para el estadounidense Dick Hallgren, para mí era un primer armazón sobre el que construir un sistema de observación global y prestación de servicios integrado bajo el cual los SMN, y todas las organizaciones clave en los sistemas de observación y prestación de servicios, trabajarían al unísono proporcionando de manera coordinada los servicios medioambientales básicos a escala nacional.

Nunca se me ocurrió que después de haber hecho tan buenos progresos, nos planteásemos tan siquiera la fundación de una nueva organización externa al esquema de colaboración de la OMM-UNESCO-PNUMA-FAO-CIUC que entrase, al menos parcialmente, en competición con este para conseguir el favor político, los recursos y el apoyo de los usuarios. Pero, finalmente, fue lo que hicimos al crear recientemente el GEO (Grupo de Observación de la Tierra) y la GEOSS (Red Mundial de Sistemas de Observación de la Tierra). Ahora nos enfrentamos al enorme reto de conseguir que, en beneficio de todos los países, el sistema GEOSS triunfe sin debilitar a la OMM, a los SMN, o a cualquier otra organización internacional responsable de los componentes para los que GEOSS trabaja. Mi conclusión personal, fortalecida por la sabiduría que da la distancia, es que hace unos diez años me equivoqué y que deberíamos habernos esforzado por convertir la OMM en una organización geofísica mundial integrada única que podría haber tenido los recursos para hacer por lo que respecta a la observación terrestre, lo que GEOSS pretende hacer ahora. Habría ido, además, un paso más allá de GEOSS, proporcionando el marco conceptual internacional necesario para coordinar la investigación medioambiental, la modelización y la prestación de servicios a escala nacional.

Creo que ahora nuestra estrategia dentro del sistema de la comunidad de ciencias de la Tierra debiera centrarse en explotar al máximo cualquier tipo de apoyo político, recursos y métodos que favorezcan el apalancamiento del GEO desde el exterior del conjunto de organizaciones subsidiarias del sistema de NU para conseguir a su debido tiempo una fusión entre el GEO y la OMM que permita fundar una Organización para la Investigación y la Prestación de Servicios del Sistema de Observación Terrestre Mundial integrada o, mi opción más querida todavía a estas alturas: conseguir la absorción del GEO dentro del sistema extendido de NU (OMM-UNESCO-PNUMA-FAO-OMS (Organización Mundial de la Salud)) como una suerte de mecanismo intergubernamental de alto nivel

que garantizase la coordinación e interoperabilidad de los múltiples sistemas de financiación conjunta de la GEOSS.

La ciencia atmosférica frente a las políticas públicas

Hace poco me puse a pensar sobre los primeros tiempos de la Oficina Meteorológica de Australia, lo que me hizo recordar con nitidez que no es nada nuevo que los asuntos meteorológicos estén en el ojo del huracán político. La novedad reside en que a lo largo de los últimos 25 años los problemas meteorológicos que se han presentado son graves: desertización, destrucción de la capa de ozono y un cambio climático provocado por las acciones humanas, de manera que la participación de las ciencias atmosféricas es definitiva para diseñar políticas públicas sólidas a escala mundial. Sin embargo, existe una confrontación evidente entre el papel *informador* de la ciencia, cuando proporciona los datos necesarios para la elaboración de las políticas públicas, y el papel de los científicos que *pretenden decidir* cuáles debieran ser las políticas adecuadas. La comunidad meteorológica mundial puede colgarse una medalla por haber alertado con mucha antelación sobre el riesgo de que la capa de ozono se redujese y de que se produjese un calentamiento por el efecto invernadero, pero cada vez me preocupa más el hecho de que algunos miembros de la comunidad meteorológica hayan pretendido aprovecharse de la credibilidad, que tanto esfuerzo le ha costado ganar a la ciencia, en beneficio de su propia influencia política, para tratar de que se haga lo que ellos creen que debiera hacerse. En mi opinión eso es poco adecuado, peligroso, puede acabar minando la credibilidad de la ciencia y, en última instancia, puede resultar en que nunca más se tengan en consideración las opiniones científicas. Tengo un gran respeto por la integridad de quienes llegan a la conclusión de que su profundo conocimiento científico les obliga a impulsar acciones políticas dictadas por los datos científicos en

su poder, pero en mi opinión los científicos deben ser totalmente objetivos al presentar los datos que sirven para diseñar las políticas de desarrollo público. Por lo menos, y no estoy rebajando lo que acabo de decir, creo que tenemos la obligación absoluta de manifestar explícitamente cuándo estamos proporcionando datos objetivos según las leyes y disciplinas de la ciencia y cuándo los estamos interpretando a través de nuestro propio sistema de creencias en beneficio de nuestra agenda política. Creo que la obligación recae con la misma fuerza sobre las organizaciones de la magnitud de la OMM, como sobre los científicos a nivel individual. En mi opinión, el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) de la OMM/PNUMA ha cumplido hasta ahora ejemplarmente con sus obligaciones al respecto; ruego a quienes pretenden utilizar la credibilidad del IPCC para defender sus posturas en los foros políticos que apliquen la misma disciplina y precisión científica en el lenguaje que utilizan, que la que forma parte integral de los procesos de evaluación del IPCC.

La Oficina Meteorológica de Australia

Para mí fue un gran privilegio y un gran honor trabajar en la Oficina Meteorológica de Australia durante gran parte de la segunda mitad del siglo XX y también una gran responsabilidad, en ocasiones, ser su Director durante algo más de la mitad de ese período. La Oficina es una organización de primera magnitud, con una trayectoria de la que sentirse orgullosa y una cultura de la profesionalidad bien integrada, excelencia científica y con un compromiso fuerte como servicio público, lo que en términos de cohesión y eficacia organizativa resultó ser mucho más práctico que las consignas de gestión que llegaban desde fuera de sus muros. El servicio que presta al público habla por sí solo y, a pesar de la incesante sucesión de inspecciones sobre su gestión y su papel que se han llevado a cabo, gobiernos de todos los colores han reafirmado su valor dentro de la nación

y su importancia como uno de los componentes principales de las infraestructuras del país. Aunque ha tratado de abarcar muchas más competencias que las que permitirían su funcionamiento óptimo, está a punto de entrar en su segundo siglo de vida como una de las organizaciones públicas mejor valoradas y más respetadas de Australia.

La meteorología como oficio

Evidentemente, es muy difícil para mí, alguien que hace casi 50 años que es meteorólogo, ofrecer una visión imparcial y ecuaníme de la profesión o compararla con una carrera profesional en otros campos; pero después de haber hecho trabajo de campo durante casi 20 años y haber conseguido, no sin cierto esfuerzo, comprender recientemente la forma de trabajo de otras ramas de las ciencias sociales y naturales (en especial la económica) y haber colaborado con ellas, probablemente merece la pena que lo intente.

Al reflexionar sobre mi propia trayectoria profesional me doy cuenta de que, si bien es cierto que probablemente me habría encantado quedarme en la granja de mi familia o cumplir mi sueño infantil de servir en la armada (donde solicité el ingreso) o bien seguir algunas de mis vocaciones posteriores (la ingeniería, el derecho, la medicina, la economía o incluso la política) creo que he sido bien recompensado por el lugar al que el azar me llevó: la Oficina Meteorológica.

Cuando uno se hace meteorólogo pasa a formar parte de una familia mundial muy especial que le brinda de por vida la posibilidad de disfrutar de la belleza intrínseca de las nubes y el cielo, y de su seductora ciencia. Es raro que se obtengan fama y fortuna en este mundo; más bien se lleva una vida sencilla que permite disfrutar del trabajo realizado con colegas procedentes de todos los puntos del globo terráqueo y proporcionar un servicio útil para prácticamente todos los habitantes del planeta que no despierta

la necesidad de acapararlo de prácticamente nadie.

Es cierto que de vez en cuando recibimos críticas que nos acusan de ser un colectivo cerrado, que no demuestra interés por otras facetas de la ciencia, resistente a la adopción de ideas procedentes de otros campos y que no tiene interés por trabajar en otras disciplinas. Creo que hasta cierto punto no es una descripción fiel a la realidad, pues como consecuencia de su cometido, la comunidad meteorológica tiene que tener muy presentes las necesidades de un número enorme de partes interesadas y usuarios muy diferentes entre sí, cosa que no sucede hasta ese extremo en ninguna otra rama de la ciencia que conozca. No creo que lo que hay de cierto en esa descripción sean defectos sino grandes virtudes, producto de un espíritu de equipo forjado entre quienes trabajan en grupos pequeños las 24 horas en circunstancias que hacen que en cualquier momento del día o de la noche se produzca un desastre; un campo que no permite desdeñar ni un solo dato ni desperdiciar ni un segundo más de lo imprescindible si hay que emitir una alerta y en el que su personal está dispuesto a acudir al lugar de trabajo en cualquier momento del día o de la noche, se trate del lugar del mundo del que se trate. En mi opinión, podemos permitirnos adquirir energía de las circunstancias tan especiales en las que trabajamos y que nos hacen diferentes y enorgullecernos de pertenecer a una comunidad tan unida.

Una mirada hacia el pasado y el futuro

Durante la ceremonia de clausura del XIV Congreso Meteorológico Mundial, celebrado en Ginebra el 23 de mayo de 2003, sentí la necesidad de recordar mi primera época en la OMM y también de mirar hacia el futuro, hacia el potencial de la cooperación meteorológica mundial en el siglo XXI. Quisiera utilizar de nuevo aquellas mismas palabras para reflexionar sobre la inmensa satisfacción que sienten quienes forman parte de la familia de la OMM y para reafirmar mi confianza



en la fortaleza, unidad, integridad e importancia social intrínseca de la ciencia y de las instituciones de la meteorología mundial.

El primer Congreso en el que participé tuvo lugar en Suiza en el año 1975. Por las montañas suizas paseé junto con algunas de las figuras más representativas de la época en la que nació la OMM, personas que habían luchado en bandos rivales durante una terrible guerra, pero a quienes su amor por la meteorología y su fe en el poder de la cooperación internacional en beneficio del mundo había unido en amistad.

Ellos me enseñaron que la OMM es una familia mundial muy unida y, de igual manera que quedé cautivado por la belleza y blancura de las montañas, también mi mente se abrió al enorme potencial de la cooperación internacional para mejorar la calidad y relevancia de los servicios hidrológicos y meteorológicos. Empecé a ver claramente

cómo la estructura inicial que los fundadores habían establecido sería la base de una contribución aún mayor en los años siguientes.

Esas ideas que heredé y la amistad y apoyo que me brindaron muchas personas a quienes por su gran número no puedo nombrar, con quienes las compartí y reforcé a lo largo de las tres décadas durante las que regresé, año tras año, a la OMM, han reforzado mi creencia de que somos la comunidad más unida, más afortunada y más eficaz del panorama internacional.

Durante la primera semana del decimocuarto congreso subí de nuevo a las montañas. La luz matutina iluminaba las cumbres igual que lo había hecho tantos años antes pero la neblina del mediodía se arremolinaba sobre los picos más lejanos desdibujándolos. Como la ciencia hace con la vida. No tengo una idea tan clara como creí tener hace tiempo acerca del gran número de posibilidades que nos brinda el futuro, pero me alegra mucho saber que en la OMM hay muchas personas que sí la tienen y que más adelante habrá muchos que también la tendrán.

Al finalizar mi carrera en la OMM lo que más me emociona es la gratitud que siento por la confianza y el apoyo que mi familia de la OMM me ha demostrado durante mis años con ellos. La admiración y afecto por el magnífico personal de la Secretaría no tiene límites. Lamento dejar la OMM y me habría encantado dar con alguna forma de prolongar mi estancia, pero espero mantener todavía la cordura suficiente para saber cuándo debo retirarme.

Me marchó sabiendo que he intervenido en un período de la meteorología mundial muy emocionante y agradable. Llego al final de mi aventura personal con una sensación de satisfacción por haber conseguido mantener unida a la OMM en momentos muy difíciles y con una visión muy positiva de lo que esta puede llegar a conseguir en el siglo XXI.

Esta es, en resumen, mi visión global de la meteorología en el momento en el que su custodia

cambia de generación. Es uno de los campos de las ciencias naturales más emocionantes, útiles y desafiantes. Su futuro promete tanto una evolución continuada como espectaculares pasos de gigante similares a los que ya se han producido en el pasado en todos los campos. Como profesión es noble, ejemplar y todo lo absorbente que a uno le permita ser; es difícil que quienes han tenido la fortuna de tropezarse con ella en su juventud y, tras haber vivido sus satisfacciones, lamenten al llegar la jubilación no haber renunciado a ella a cambio de bienes materiales. Es una familia mundial cuyos lazos de confianza y amistad atraviesan las diferencias de raza, religión, cultura o condición económica o social para contribuir de manera modesta pero significativa a conseguir los ideales y las aspiraciones más elevadas que toda generación tiene para el futuro de la humanidad.

Agradecimientos

Quisiera agradecer a todos quienes asistieron a la ceremonia de la concesión del Premio de la OMI la noche del 9 de mayo de 2006 en Adelaida, que permitiesen que mis reflexiones formasen parte del programa de la cena de gala celebrada con motivo de la XIV reunión de la Asociación Regional V de la OMM (Suroeste del Pacífico).

Quiero expresar mi agradecimiento especial al Presidente y al Secretario General de la OMM por su cooperación y amistad a lo largo de los años de dedicación a la OMM que compartimos y por realizar un viaje tan largo para la ocasión. Como presidente de la OMM, tuve el privilegio de suceder en el cargo a uno de los meteorólogos más relevantes y una de las figuras más entrañables de la meteorología del siglo XX, Zou Jingmeng (China), ya fallecido; y fue una gran satisfacción pasarle el testigo como octavo presidente de la OMM a Alexander Bedritsky. También lo fue participar en el proceso gracias al cual el liderazgo de la Secretaría de la OMM recayó en las manos de Michel Jarraud, habiendo sido su reputado antecesor (y ahora Secretario General Emérito) el Profesor Patrick Obasi. Les deseo a ambos, y a la

comunidad meteorológica que dirigen, mucho éxito en el próximo XV Congreso Meteorológico Mundial y en los retos a los que se enfrentarán a lo largo de los años venideros.

Deseo que también quede constancia de lo mucho que agradecí tener la oportunidad de recibir este Premio durante la reunión de la Asociación Regional V de la OMM. Prácticamente lo primero que hice al regresar a Brisbane como hombre del tiempo en 1962 fue esbozar, dibujar y analizar mis propios mapas sinópticos del Pacífico Sur. Nunca, a lo largo de mi vida, he perdido el cariño por la meteorología y las gentes de esa zona del mundo. Nada podría haberme causado mayor placer que compartir mi alegría por la culminación de mi carrera en la OMM con mis colegas de la AR V bajo la presidencia de Arona Ngari, unos 16 años después de que ambos pasásemos 10 días maravillosos charlando sobre nuestro trabajo en la OMM durante su primera asistencia a una reunión de la AR V en Singapur.

Finalmente, me gustaría dar las gracias a todos mis colegas de la Oficina de Meteorología de Australia y a todos los que no pertenecen a ella por su dedicación a la meteorología mundial —y por las largas horas de viaje y de asistencia a reuniones que ello supone— que nos permitió poder desempeñar nuestro papel en la escena internacional y brindarle a Australia al menos algunos de los grandes beneficios de los que disfrutaban los países que trabajan activamente en la OMM. He de dar las gracias en especial a mi sucesor en la dirección de la Oficina Meteorológica de Australia, Geoff Love, así como a Doug Gauntlett, Bob Brook, Mike Manton, Bob Crowder, John Mottram, Mike Hassett, Ray Canterford, Henry Phillpot, Neil Streten, Hugh Hutchinson, Terry Hart, Mary Voice, Bruce Stewart, Angus McEwan, Neville Smith, Peter Dexter y John Church. Todos ellos han dirigido en algún momento (o siguen haciéndolo) alguno de los organismos subsidiarios de la OMM en los que se bate el cobre realmente; y quizás el agradecimiento más especial de todos sea a Kevin O'Loughlin, Ven Tsui y Ram Krishna,



quienes dirigieron sucesivamente y durante un cuarto de siglo las actividades internacionales de la Oficina, lo que me hizo el trabajo mucho más fácil y más divertido.

Agradezco a todos mis colegas, australianos y no australianos, su cooperación, su apoyo y su amistad a lo largo de toda mi vida profesional como meteorólogo. Deseo que todos reciban una parte de mi satisfacción al recibir el quincuagésimo Premio de la OMI, ya que fuimos todos juntos los que contribuimos al progreso de la meteorología durante la segunda mitad del siglo XX.